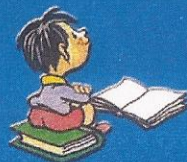




A partir de 6 años

Además de sus defectos físicos, Anita Muletas es una mujer aparentemente hosca, el típico fantasma que da cuerpo al "cuco" con que los adultos amedrentan a los niños cuando no se portan bien. La verdad, sin embargo, es que las apariencias engañan. El pequeño protagonista de este relato, desembarazándose de sus miedos, logra descubrir con la amistad esa emoción legítimamente humana que nos acerca a los seres diferentes.

Con *La Batalla de Anita Muletas*, Santiago Castillo Ramírez obtuvo una Mención Honrosa en la Modalidad Cuento, en el Primer Concurso de Narrativa Juvenil realizado por Editorial Salesiana el año 1994.



Editorial Don Bosco S. A.



# LA BATALLA DE ANITA MULETAS

SANTIAGO CASTILLO RAMÍREZ



Editorial Don Bosco S. A.

**La batalla de Anita Muletas**  
**Santiago Castillo Ramirez**

Edición: Patricio Varetto Cabré  
Ilustración: Carlos Miranda Zamora  
Corrección: Myriam Soto Vásquez  
Diseño y diagramación: Norma Díaz San Martín

Esta obra obtuvo Mención Honrosa en la Modalidad Cuento, en el Primer Concurso de Narrativa Juvenil realizado por Editorial Salesiana el año 1994, cuyo jurado estuvo integrado por Guillermo Blanco Martínez, Jorge Díaz Gutiérrez, Maximino Fernández Fraile, Jaime Ferrer Mir, Ernesto Livacic Gazzano y Miguel Moreno Monroy.

Derechos reservados  
Inscripción N° 112.092  
ISBN: 956-18-0474-3

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos químicos, electrónicos o mecánicos, sin permiso escrito del editor.

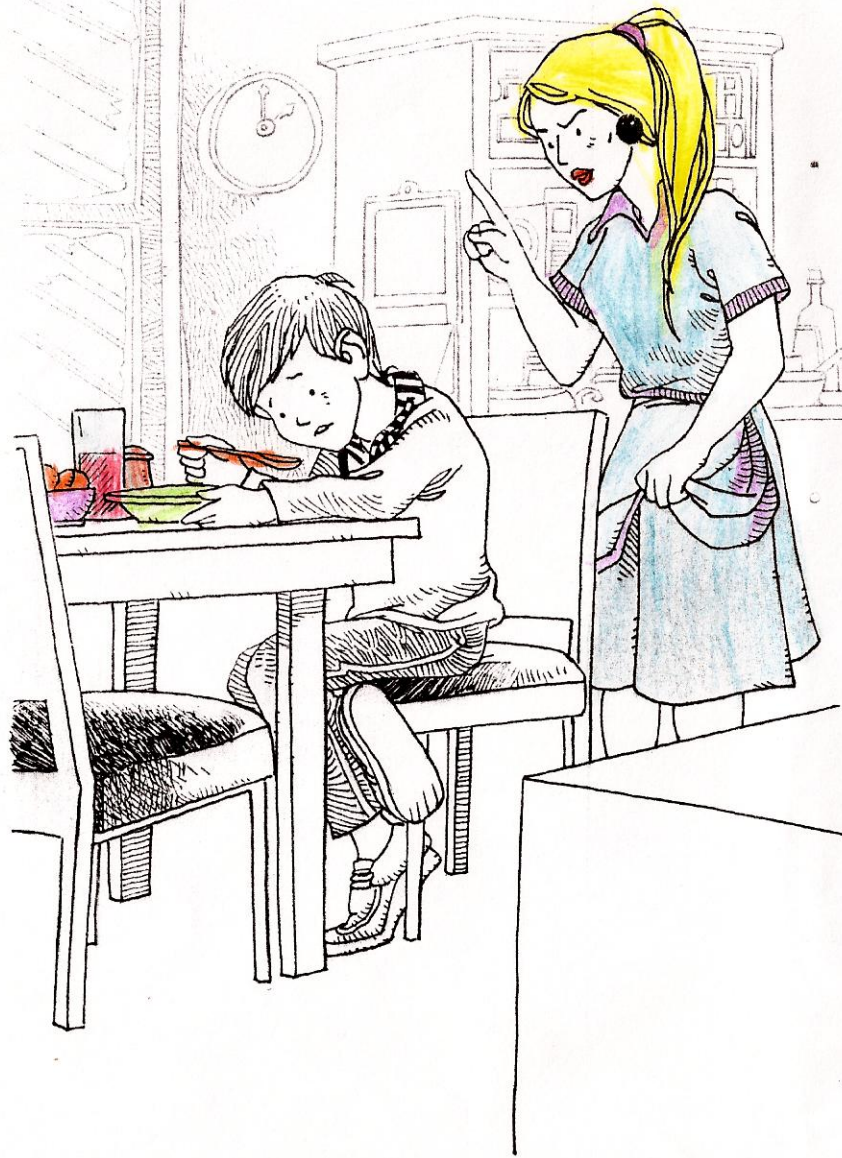
© **Editorial Don Bosco S. A.**  
Eulogia Sánchez 064 - Providencia  
e-mail: comercial@editorialdonbosco.cv.cl  
Fax: (56-2) 2229437  
Santiago de Chile

Se terminó de imprimir esta  
PRIMERA EDICIÓN  
de 2.000 ejemplares en los talleres  
de Impresos Universitaria S. A.,  
Av. Las Parcelas 5588, Santiago de Chile,  
en diciembre de 1999.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

*«Cien veces al día  
burlamos nuestros propios defectos  
censurándolos en los demás.»*

*Montaigne*



## La batalla de Anita Muletas

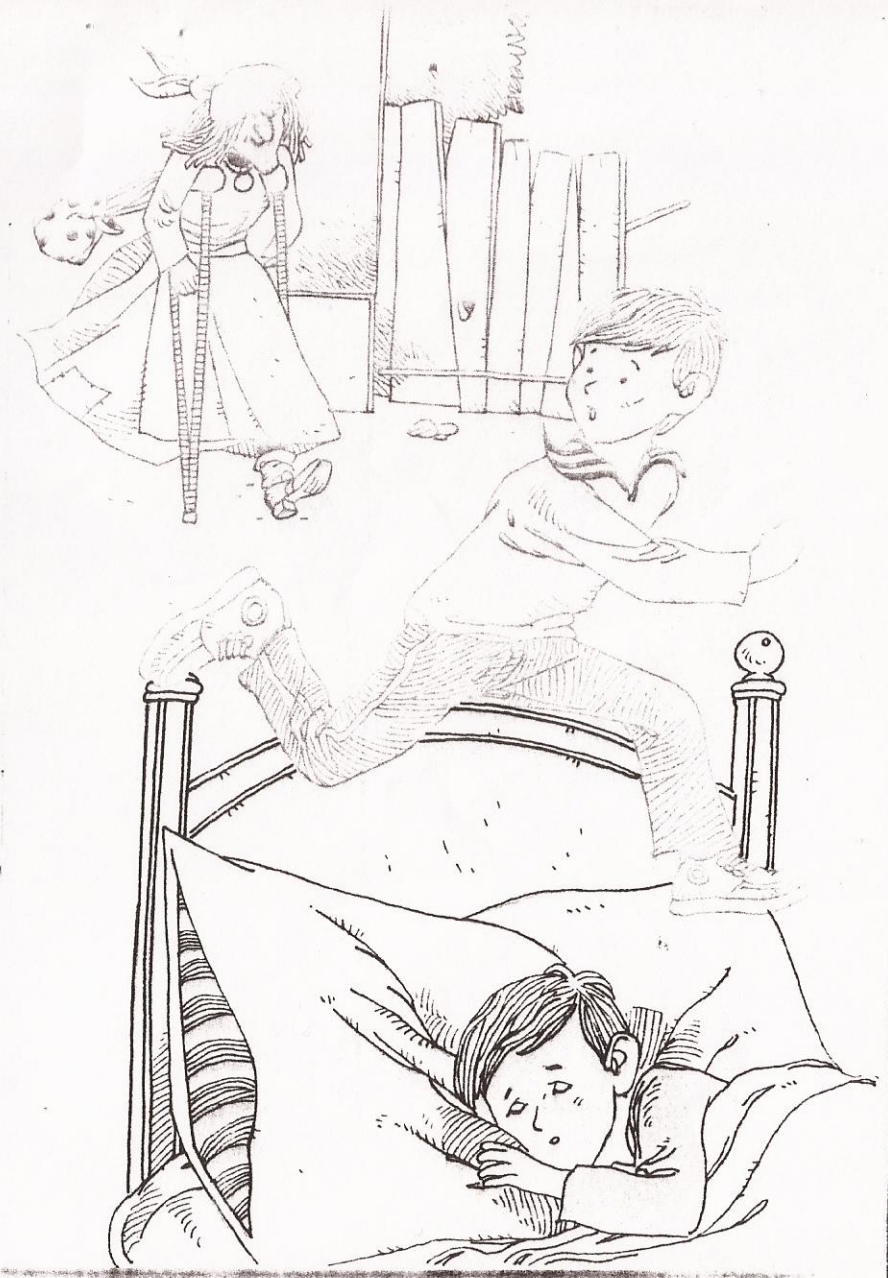
Casi todos los días a Emilio lo amenazaban con Anita Muletas. Le decían, por ejemplo: «Si no te comes todo el almuerzo, vendrá Anita Muletas con un saco enorme y te llevará». Pero Emilio nunca había visto de cerca a esa mujer. La escuchaba, a veces, escondido en el zaguán de su casa, cuando ella iba de puerta en puerta con el traquetear de su único pie, pidiendo limosna, diciendo palabras incomprensibles y atemorizadoras con su lengua cortada.

—Perdió pierna y lengua al quedarse dormida junto a la línea del tren —dijo una vez el padre de Emilio.

El niño la imaginaba en algún solitario lugar de la vía férrea, en posturas forzadas e incómodas, inadecuadas para dormir. Ninguna le pareció verosímil.

También soñaba con Anita: que era perseguido por el golpetear rítmico de las muletas sobre la vereda y corría y no tenía dónde ocultarse. Tampoco entonces podía verle detenidamente la cara.

Ese día Emilio había pasado media hora en el hueco de la ventana, esquivando el calor de la tarde, que lo sumergía en un suave letargo y amortiguaba el paso de los transeúntes. Ése era su puesto de observación favorito. Desde allí podía vigilar toda la cuadra: hacia la derecha, la calle que bajaba al puerto, y al frente un sitio sin construir a través del cual se veía un retazo de mar. El lugar era bastante amplio para contenerlo a él, sus instrumentos de navegación y una que otra vitualla. Porque el hueco de la ventana era el puente de un transatlántico que se aprestaba a emprender un largo viaje.



Recién iniciado el zarpe, se dio cuenta de que dos moscas chocaban una y otra vez contra el vidrio, intentando pasar al exterior.

—Tontas, es transparente pero sólido —las retó.

Durante un rato se dedicó a perseguir a los insectos con un elástico que estiraba al máximo y soltaba después de hacer puntería.

—¿Qué estás haciendo, Milo? —le preguntó su madre desde el otro cuarto.

—Estoy cazando, mamá.

Ella no insistió, satisfecha con la respuesta. Le bastaba establecer contacto verbal con su hijo cada cierto tiempo, mientras atendía las cosas de la casa, como quien lleva en el bolsillo un grueso rollo de dinero y lo toca de vez en cuando sólo para asegurarse de que sigue allí.

De pronto, Emilio descubrió que en la vereda de enfrente, bajo el árbol de la esquina, se encontraban el Rolo y la pandilla. ¿Cómo no haberse dado cuenta de la llegada del gru-



po? Un capitán no debía ser tan distraído. Sintió el impulso de brincar de su puesto de observación e ir a proponerles algún juego. Pero se arrepintió de inmediato: Carolina estaba con ellos, y ya sabía lo pesado que se ponía el Rolo cuando ella andaba cerca. Recordó esa vez que iba subiendo la escala del colegio y estaba el Rolo en la parte alta con varios amigos y la Carola, por supuesto. El Rolo había preguntado: «¿Vas subiendo?». Y cuando él contestó que sí, sin atreverse a decir: «¿No ves que voy subiendo, tonto?», el Rolo dijo: «Baja, entonces», y tomándolo por los hombros lo hizo descender a la fuerza todo un tramo de la escala, porque el Rolo es mucho más grande y le gusta hacer esa clase de cosas. Ante las risas de los compañeros, él no sintió furia, sino pena, y dio media vuelta la cara para que no le vieran las lágrimas. Entonces por un tiempo dejó de juntarse con la pandilla.

De pronto escuchó: toc, toc, toc, el seco golpetear de las muletas en la vereda. «¡Es ella,



Anita Muletas!», pensó sobresaltado, sintiendo que su corazón galopaba en el pecho como una cosa separada y casi animal en su independencia. Creyó que su corazón se había puesto a correr aun antes de que él comenzara a sentir miedo. Estaba a punto de saltar de la ventana, donde era tan visible, cuando se contuvo a tiempo: también era visible para la pandilla; pensarían que era un gallina.

Ahora podía escuchar más claramente el golpetear y hasta el crujir de las muletas, pero no se atrevía a asomarse por la ventana. En unos momentos estaría a su lado. Le dió miedo de que ella lo mirara al pasar, aunque estuviera el vidrio de la ventana por medio.

La cabeza bamboleante de la mujer apareció tan próxima, que Emilio habría podido alargar el brazo y tocarla. Ella no lo miró, pero se detuvo frente a la puerta de calle. La veía de espaldas, la cabeza hundida entre los hombros, como si alguien la hubiera empujado hacia abajo. Una pañoleta de color in-

definible le cubría el pelo. El niño apenas se atrevía a respirar.

De pronto, cosa increíble, ella se sentó en los escalones. ¡Anita Muletas sentada en la entrada de su casa! ¿Qué hacer? Y faltaban horas para que llegara el papá, que seguramente sabría enfrentar la situación, y que, por último, con su enorme fuerza la levantaría en vilo, como un paquete, aunque gritara y pateara, y la pondría en otro sitio para dejar libre la pasada.

La vio colocar a un lado las muletas y sacarse el pañolón de la cabeza. Un pelo pajizo le cayó hasta los hombros. Alcanzaba a distinguir un perfil aguileño y un cintillo de terciopelo negro alrededor de su cuello, del que colgaba una medalla, último rastro de antiguos adornos. El vestido, que en alguna época fue rojo, le llegaba cerca del tobillo y parecía hecho de tela gruesa, a pesar del calor. Asomaba la única pierna, musculosa, enfundada en una calceta gris y un zapato de tacón sólido, pero desgastado en forma dispareja.



En ese momento percibió con el borde del ojo —porque no se atrevía a separar la vista de la mujer— que en la esquina reinaba cierta agitación, y el Rolo salía del grupo cruzando la calle. Lo miró entonces de frente, extrañado, porque el muchacho venía haciendo los movimientos del caminar sigiloso que la pandilla usaba en los juegos de guerra. Giró rápidamente la cabeza y descubrió que Anita Muletas tenía los ojos cerrados; quizás estaba durmiendo. Las muletas a un lado, como dos alas inútiles.

Se volvió de nuevo hacia el Rolo, que se deslizaba ahora pegado al muro. Éste miró hacia la ventana y puso un dedo sobre los labios, ordenando silencio. Cuando el muchacho estuvo junto a la mujer, tomó rápidamente las muletas y atravesó corriendo con ellas la calle, levantándolas sobre su cabeza, como quien enarbola un trofeo de guerra.

Ana abrió los ojos sobresaltada y, al darse cuenta de la pérdida, emitió un grito parecido a la queja de un pájaro herido. El Rolo



apoyó las muletas contra la cerca de madera del sitio de enfrente y volvió a reunirse con su grupo. Ana seguía gritando en su lenguaje incomprensible y mirando hacia todos lados en busca de auxilio.

Repentinamente vio a Emilio asomado a la ventana y suavizó el tono.

Por primera vez el niño la miró a la cara y se asombró de encontrar unos ojos claros en ese rostro sucio y curtido. «Es una mujer —se dijo—, una mujer como todas. Podría ser una tía o una amiga».

Ana intentaba articular unas palabras y señalaba con un dedo hacia sus inaccesibles muletas. Era evidente lo que quería. Emilio intentó mirar a través de la boca sin dientes y ver la lengua que había sido cortada por el tren. Después dirigió sus ojos hacia el árbol y vio al Rolo pavoneándose de su hazaña.

De pronto, sintió una ola de fuego que le invadía el pecho y, sin pensarlo, abrió la ventana y saltó a la calle, cosa que estaba acostumbrado a hacer. Corrió a buscar las mule-



tas. Le parecieron, curiosamente, livianas mientras se las devolvía, sin miedo, a su dueña.

—¡Ey, por qué haces eso! —gritó el Rolo, corriendo a su encuentro.

Emilio pensó en refugiarse en su casa, pero algo lo detuvo. El Rolo llegó a su lado y empezó a girar en círculos mientras profería amenazas y en un momento le tocó la oreja, gesto que es casi la mayor provocación que existe. (La mayor es tocar la oreja con un poco de saliva en los dedos).

—¡Uh, uh! —gritaban los demás muchachos, incitando a la pelea, desde el árbol de la esquina.

Inesperadamente, el Rolo recibió un fuerte golpe en el trasero, dado por una de las muletas de Ana, que lo mandó de bruces al suelo. Emilio, que no se había imaginado este tipo de ayuda, adoptó la posición de defensa de los boxeadores que había visto en una película reciente y empezó a trotar, manteniendo al Rolo entre él y la mujer. El grupo bajo el árbol



acentuó sus gritos, gozando con el espectáculo. El muchacho más grande se sentía inseguro entre sus dos adversarios e intentaba mirar hacia atrás para ver a la mujer. Emilio aprovechó uno de esos instantes de distracción para encajar una derecha en la boca del estómago de su contendor y, sin dejarlo reponerse, de inmediato le dio con la izquierda. (Era la primera vez que golpeaba a alguien). El Rolo trató de devolver los golpes, pero sólo consiguió recibir otro muletazo en la espalda. Se notaba ya la desesperación en su rostro.

—Me vengaré, Milo —dijo, medio lloroso, haciéndose a un lado y abandonando la posición de combate.

Emilio lo miró alejarse calle abajo. Los amigos lo rodearon comentando «la batalla». Entre tanto, Ana había vuelto a sentarse en la puerta de la casa de Emilio.

—¡Milo, Milo! —se escuchó.

—¡La mamá me está llamando! ¡Después jugamos! —exclamó Emilio y corrió a la casa.

Ana, al verlo venir, extendió una mano. Milo, dudando, tendió también su mano hasta estrechar la de ella. Ana Muletas se levantó trabajosamente, rozó con sus dedos la mejilla de Milo, y se alejó renqueando calle abajo, con el rítmico golpetear de las muletas: toc, toc, toc.

Emilio se dio cuenta de que su madre lo seguía llamando desde el interior de la casa. Entró corriendo y fue a sentarse a la mesa.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó la madre.

—Estuve en una batalla tremenda, con todos mirando —se atragantaba por hablar más rápido, pues no sabía por dónde empezar.

—Ya, ya, después me cuentas. Ahora te tomas la leche, mira que puede venir Anita Muletas.

Emilio cogió con las dos manos el vaso y esbozó una sonrisa. «¿Qué saco con hablar? —pensó—. Los grandes nunca van a entender, ni aunque pasen cien años».

